30 julio 1962

DON JORGE

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

HE preguntado por don Jorge. "Ya no baja a la playa", me han dicho. Don Jorge tiene muchos años. Muchísimos años. Cuando se le calculan, existe cierta tendencia a aumentárselos, porque así, al parecer, se le halaga. En su virtud, ha sido testigo de la evolución del pueblo, le ha visto crecer y desarrollarse, pasar de ser un puertecito de pescadores a un centro turístico, cuyo nombre cotizan y difunden las agencias de viajes internacionales. Esa es su alegría y su privilegio.

Don Jorge tuvo una época brillante. Yo le conocí cuando luchaba por los fueros de una juventud, ya caduca, pero cuyas bridas retenía con personalidad y majeza. Rondaba entonces la cincuentena. Iba con otros de su quinta y vitola a los que se llamaba cariñosamente "Los guapos del medio siglo". Eran, si no los últimos en marcharse de los bailes, sí los primeros en comprometer las mesas en las noches de gala. De hecho, cubrían el programa de los de treinta, pero con visible esfuerzo. Poco a poco, sin embargo, don Jorge fué abandonando las fiestas, los cafés, los casinos y los restaurantes, y de modo simultáneo, la fábrica de la que era fundador y único dueño; pero a su toldo de la playa no faltó nunca. Bajaba alrededor de las doce, bien provisto de periódicos y aun de libros y con una radio de pilas. Don Jorge sentía un ilimitado amor por la noticia. Su pasión —su vanidad también—consistía en estar bien informado de todo al minuto. Durante la guerra, el primero en enterarse del avance o del retroceso alemán fué siempre él.

—Han llegado a Smolensko.

Así saludaba a su interlocutor, fuese éste quien fuese, viniera para lo que viniera.

O:

—Han evacuado Las Ardenas.

Este amor por las noticias le había asaltado después de cancelar, inevitablemente, su antiguo amor por las mujeres. De su larga historia sentimental le había quedado, sin embargo, un implacable afán clasificatorio de las bellezas transeúntes. Las puntuaba como los ejercicios escolares:

—Ahí va un diez—decía, silbando ponderativamente. (Diez era la máxima.)

—¿Qué le daría usted a ésa, don Jorge?

—¿A ésa?—la examinaba despectivo—. Con un cuatro va bien servida.

Conocía el Registro Civil del pueblo como nadie. Había sido caballero acompañante de las abuelas, consejero de las madres, padrino de las hijas...

Y el Registro de la Propiedad... Allí estuvo la huerta de los Puig; después, la tahona; más tarde, un almacén de muebles; por último, la residencia italiana. Todos los honores ciudadanos y urbanos se le confirieron por su orden. Llevó el pendón de las fiestas mayores, fué elegido concejal y regidor, hijo predilecto y, al fin—supremo galardón—dió su nombre a una calle.

—No la que se merece—le confesaron los munícipes la mañana inaugural—, pero sí de las más animadas.

Como él. El fué siempre un hombre animado, bullicioso, conversador, popular en suma. "Ya no baja a la playa", me dicen. Esto es, ha dimitido. No está enfermo, su salud es magnífica; ve y oye perfectamente, pero se cansó. De improviso, después de mantener su pabellón en alto, después de extraer de la vida sus más sabrosos y divertidos zumos, se sintió fatigado, expulsado. Y ha ido a guarecerse, temeroso, en el jardín de su casa.

Miro en torno y echo la cuenta de todos aquellos que simbólicamente tampoco bajan a la playa. Tal vale decir: los escritores que ya no escriben, los actores que ya no representan, los abogados que no ejercen, los toreros que no torean, los médicos que no visitan. El flujo, el terrigle flujo de los años, si aún no les hirió mortalmente, sí les ha substraído a su actividad peculiar, les ha hecho sombras de sí mismos, les ha confinado en su medio familiar y afectivo, bajo la protección de los hijos, o de los nietos, o de las sobrinas solteras. Es la muerte civil. Debemos pedir a Dios, para nosotros y para aquellos a los que queremos bien, que nos evite ese dolor, esa melancolía. Mejor que no bajar a la playa es morir en ella de insolación o ahogados. Que la vida nos esquine y arrincone, que nos coloque en ese escalafón pasivo de los escépticos o de los inermes, es triste sino; sólo que nuestro deber es luchar para evitarlo. Hay un momento en que las pesadumbres físicas mustian los ánimos, aun los más bravos y resueltos; pero a veces éstos enflaquecen, vencidos por la tristeza o por el desengaño, antes de la hora definitiva.

Me han dado ganas de hablarle así a don Jorge, de ofrecerme, inclusive, a llevarle de nuevo hasta la playa abandonada y hacerle compañía. Porque los hombres maduros necesitamos el ejemplo vital de los que son viejos y, pese a ello, no arrían la bandera y se conservan ternes e indomables, desafiadores del tiempo, es una pugna que de antemano saben perdida, aunque finjan ignorarlo.

Pienso en Papini dictando, inválido, sus artículos y sus ensayos hasta el último segundo de su existencia, valiéndose de signos y sonidos convencionales que sólo sus cuidadores entendían. Y me parece admirable. Pienso en Churchill tan odiado por Malaparte, con su fémur cosido, su trombosis rondándole, su flebitis alerta, que aún hace la V de la victoria desde la camilla del hospital, decidido a envolver sus postreras horas en humo de habanos y recuerdos de grandes empresas. Y me asombro. Ese heroico octogenario quiso seguir en la playa, pero no le dejaron. El haberlo intentado es su última gloria.

No se debe abdicar nunca, ni desertar. Hay que luchar con tenacidad, sin cuartel, contra el hastío, la vejez y la muerte, que nos quieren echar de la playa.

Don Jorge acabará regresando —así lo espero—a su toldo de siempre, con sus periódicos, sus libros y su radio de pilas.